

¿Guerras de religión en Europa Central?

JEAN MEYER

Resumen

El autor rebate las tesis del historiador Samuel P. Huntington, quien sostiene que el próximo siglo será caracterizado por lo que él denomina “guerras de civilizaciones” —que no son otra cosa que guerras de religiones— entre la civilización cristiana occidental, la islámica meso-oriental y la china oriental. Analiza algunos casos de supuestos conflictos religiosos —incluyendo aquellos que se sustentan en las tesis de la “limpieza étnica”— acaecidos en regiones como Serbia, Rusia y Polonia, principalmente. Plantea que estos choques violentos son, más bien, de índole político-nacional que religiosa, y que este último elemento ha sido más un pretexto e instrumento que causa y motor de las guerras. En lugar de las tesis culturalistas de Huntington, el doctor Meyer aboga por una que integre en su explicación tres factores básicos para la misma: cultura, política y economía. Concluye que la religión bien entendida no lleva nunca a la guerra santa; antes bien, conduce al (re)conocimiento del *otro*.

Abstract

The author refutes Samuel P. Huntington's, theses that maintain that next century will be characterized by what he calls “wars of civilizations” —which are nothing else but religious wars— between the western Christian civilization, the Islamic middle east, and the oriental Chinese. Analyzes some supposedly religious conflicts —including those supported by the theses of “ethnic cleanliness”— held mainly in areas like Serbia, Russia and Poland. The writer concludes that these violent clashes are, mainly, political-national rather than religious in character, and that this last element has been more of a pretext and instrument than a cause and mover of the wars. Instead of Huntington's “culturalist” theses, doctor Meyer proposes one that includes three basic factors in its explanation: culture, politics and economy. Concludes that well understood religion never leads to holy war; rather, it lead to the (re)cognition of the *other*.

La iglesia ortodoxa de Grecia ha expresado a su hermana serbia su "sorpresa" y "decepción" a causa del reconocimiento por Belgrado, hace un mes, de Macedonia. La decisión de reconocer a Skopie es "inexplicable [...] porque los griegos han sostenido material y moralmente al pueblo serbio combatiente", según un comunicado del Santo Sínodo que dirige a la Iglesia ortodoxa griega.

El País, 4 de mayo de 1996

En un futuro próximo, hablar de "guerra de civilizaciones"—según Samuel P. Huntington— significará hablar de guerra de "religiones". De acuerdo con este historiador, las fricciones geoculturales serán la fuente más importante de conflicto internacional en el futuro, donde "la civilización de Occidente", adjetivada como "cristiana" o "judeo-cristiana", se opondrá por un lado a la "civilización islámica" y, por el otro, a aquella otra que queda "bajo la influencia de los valores confucianos". Huntington afirma también que estas fronteras en las que tendrán lugar los conflictos del futuro pueden ser ya vistas con claridad en Eurasia, debido a que al desaparecer en Europa la división ideológica, reapareció la división cultural entre el cristianismo de Occidente, el ortodoxo de Oriente y el Islam. Hoy en día, la más significativa línea de división de Europa podría ser aquella misma que identificó el especialista británico William Wallace, es decir, la del límite oriental del cristianismo occidental en el año 1500. De un lado de esta línea están los prósperos pueblos católicos y protestantes; del otro lado, los económicamente menos desarrollados pueblos musulmanes y ortodoxos que pertenecieron a los imperios otomano y zarista.¹

En su nuevo libro (1996), Huntington afirma que después de las guerras de los reyes (época del Antiguo Régimen), las de las naciones (siglo XIX) y las de las ideologías (siglo XX), ocurrirán las guerras de las civilizaciones, mismas que identifica con religiones:

En una edad de civilizaciones, Bosnia es nuestra España. La guerra civil española fue una guerra entre sistemas políticos e ideologías. Demócratas, comunistas y fascistas fueron a España a luchar al lado de sus hermanos demócratas, comunistas y fascistas. Las guerras de Yugoslavia vieron una movilización

¹ Samuel Huntington entrevistado por Nathan Gardels, *New Perspectives Quarterly*, citado en "Civilizaciones en conflicto", *Nexos*, enero de 1997, pp. 41-42.



masiva comparable de apoyo exterior por católicos, ortodoxos y musulmanes a sus hermanos de civilización. Ortodoxia, Islam y Occidente, todos quedaron profundamente implicados... La guerra de Bosnia es un episodio más sangriento [que la guerra de España] en el choque de las civilizaciones que empieza.

Sarajevo-Sarajevo: este siglo carga con todo el peso de una historia densa y trágica, marcada por dos guerras que forman una sola para alcanzar dimensiones inauditas, marcada por el suicidio de Europa (y su posterior renacimiento relativo) y por el ocaso de los ideales venidos de las Luces y de una cultura cristiana. El fenómeno totalitario es un sol negro que no ha terminado de irradiar. ¿Cuál es el lugar de la religión en todo esto y, especialmente, en la historia de la independencia, del nuevo cautiverio, de la nueva independencia de Europa Central?

A principios del siglo XIX, el mundo ortodoxo, dividido políticamente entre los imperios de Moscú, Viena y Estambul, seguía confrontado al Islam y a la Roma católica. El elemento nuevo que vino a trastornarlo todo fue el fenómeno nacional. En un sentido, la ortodoxia fue parcialmente el punto de partida del movimiento de las *nacionalidades* (etnos), luego de su mutación radical en *nacionalismos* más o menos agresivos, en naciones buscándose un Estado. La Primera Guerra Mundial nació de las rivalidades entre estos tres imperios. Los Balcanes vieron esta rivalidad culminar en un choque de frente, donde el catolicismo de Viena y el pravoslavismo de Moscú no fueron más que armas ideológicas. La progresiva retirada de los turcos a lo largo de una serie de guerras no hizo más que favorecer a estas dos "cruzadas" geopolíticas. Sí, la guerra mundial surgió de la crisis serbia. Conflicto clásico en el cual la religión es un pretexto, un instrumento, nunca un motor, una causa. Las guerras balcánicas, preludio a la guerra mundial, vieron primero la victoria de las naciones ortodoxas contra el turco, luego la guerra entre las mismas naciones ortodoxas. Entonces, ¿cuál religión? En 1914, Viena quería hacer de Serbia un satélite, lo que Rusia no podía aceptar; no se trataba de defender, pues, la ortodoxia (eslava) contra el Islam (turco).

Ochenta años después, la guerra de Bosnia continúa marcando nuestro tiempo, así como alguna vez marcó el de antaño. De Sara-

jevo, pequeña ciudad polvorienta en la cual el estudiante Gavrilo Princip... a Sarajevo, ciudad mártir... Europa presenció y toleró en su suelo los peores crímenes cometidos desde 1945; las pantallas de televisión mostraron a todo un pueblo que descendía al subterráneo más profundo, con su patrimonio destruido, sus reliquias profanadas, sus bibliotecas, museos, iglesias, mezquitas, panteones y monumentos hollados. Un pueblo que se hospedó en los campos de concentración, cuyas mujeres fueron sistemática y multitudinariamente violadas, sus hombres masacrados y sus hijos desamparados. Y, encima de todo ello, la cumbre del Mal: cuatro años de purificación étnica. Se afirma que todo este horror no es otra cosa que una guerra de religiones. ¿Será cierto?

Nadie esperaba, hace una década, que Serbia (o Rusia, o Georgia), en su combate político retomaría temas de la más tenebrosa inspiración medieval (como la batalla de Kulikovo, de Kosovo Polie). Los grupos nacionalistas han resucitado una ideología religiosa parcialmente reprimida —aunque siempre utilizada—, por el poder comunista; ideología que se tradujo como conciencia de la nación, como símbolo, como *marcador*. Tal es el papel de la ideología religiosa, más próxima a los “imaginarios colectivos” —según la definición de Alphonse Dupront a propósito de las cruzadas de la Edad Media— que a la religión en sí. Este tipo de actitud tiene un papel esencial en el discurso geopolítico; de aquí que carezca de sentido indagar si la religión estimula el nacionalismo o si es éste el que estimula a aquélla.

Así, por ejemplo, de 1945 a 1989 la Iglesia católica polaca se consideró como el único guardián de la “identidad” nacional contra un Estado considerado por ella como ilegítimo, cuando no traidor a la nación: el comunista —más malo por ruso, en sí, que por comunista—. Con la caída del imperio soviético y de la propia URSS, esta iglesia perdió buena parte de su influencia y la sociedad civil polaca la despojó, sin dudarle, de esa función guardiana que conformaba su fuerza. De repente las iglesias dejaron de estar rebosantes de gente y los polacos eligieron, tranquilamente, a un presidente comunista ¡contra Lech Walesa!

En la URSS, la Iglesia ortodoxa rusa se consideró también —y aún se considera— como la única guardiana de la “identidad” nacional de su pueblo. La gran diferencia entre ésta y la polaca es que la fe

pravoslava nunca descalificó al Estado soviético como ilegítimo y mucho menos como traidor. Todo lo contrario: reconoció en el sistema comunista soviético la grandeza de la URSS y la continuidad del imperio. Entre el clero ruso actual, numerosos son los nostálgicos del clásico sistema represivo, persecutor y ateo del régimen rojo de Moscú. Otra vez, ¿dónde está la religión?, ¿cuál religión?

No hay duda, pues, de que la mayoría de las iglesias implicadas, directa o indirectamente, en el proceso de (re)construcción de los estados en Europa Central, tuvieron un carácter nacional: Serbia, Polonia, Eslovaquia, Croacia, Bulgaria, las comunidades uniatas (greco-católicas, es decir, orientales pero unidas a Roma), etcétera, debido a que sus historias religiosas se confundieron en el pasado con las luchas y combates en los cuales se jugaba la sobrevivencia de la nación.

En algunos momentos de sus propias historias, estas iglesias han desarrollado una concepción del pueblo y del Estado como obra de Dios, como diseño providencial, como nación elegida; es una visión mesiánica en la cual el pueblo, la nación, es crucificada como Cristo, y donde cada una de ellas pudo llegar a creerse —se cree todavía— el Cristo de las naciones. Fue el caso de Polonia en el pasado, es el caso de Serbia en el presente. Se habla, así, del “alma de la nación rusa” o de la “santidad del pueblo búlgaro”. Teológicamente estas actitudes no tienen ni pies ni cabeza y, más bien, conducen a una forma de religiosidad peligrosa: el integrismo, la mentalidad de cruzada, la “limpieza étnica”. Todo ello, por supuesto, en nombre de Dios.

Esta situación ha engendrado en la Rusia actual una mezcla explosiva de ortodoxia, xenofobia y chauvinismo, compartida tanto por ultranacionalistas —Zhirinovski— como por comunistas —Zyuganov—, ambos unificados también en sus respectivas alabanzas a Stalin. En Polonia, a su vez, la mezcla estuvo a punto de explotar en el caso espinoso del Carmen de Auschwitz.² Fue necesaria la intervención directa del papa Juan Pablo II para obligar a las monjas

² Una comunidad de monjas católicas se instaló en uno de los lugares más sensibles para la memoria histórica judía: el antiguo campo de exterminio nazi en Auschwitz, más concretamente en el edificio donde los nazis almacenaban el mortal gas Zyklon B. Las monjas se negaron a abandonar el lugar, no obstante las protestas de las comunidades judías. Esta situación causó un gran escándalo mundial.

a respetar el acuerdo existente entre los representantes judíos y católicos. Por su lado, las autoridades católicas polacas, así como el Estado y la opinión pública del país, defendieron el derecho de las monjas a permanecer en el sitio en disputa. El asunto llegó a tal punto que se llegaron a escuchar críticas muy duras contra ese papa que se había olvidado de Polonia y se había convertido en amigo de los judíos. ¿Quién es más religioso, el papa o ciertos polacos?³

No se puede soslayar, desde luego, la presencia de la dimensión religiosa en los conflictos basados en la “limpieza étnica” que han desatado serbios, croatas, etcétera. Los dirigentes serbios se solazan en denunciar el complot urdido por El Vaticano junto con una Alemania católica, además coludida con los países musulmanes para destruir a la Serbia ortodoxa, mientras que sacerdotes barbudos se dedican a bendecir a las bandas de matones serbios. Esto es cierto; sin embargo, hay que aclarar que este ultranacionalismo eslavo-ortodoxo no es cristiano, de la misma manera que su hermano musulmán no es el Islam. La paradoja es que, como bien afirma Georges Thual, “una de las especificidades del mundo ortodoxo es que el factor religioso es antes que todo algo no religioso”. Es decir, los políticos y los doctrinarios del nacionalismo en esos países no ven en la religión una vivencia espiritual, sino una bandera que simboliza la última encarnación del espíritu nacional. Thual agrega también que: “En el desierto poscomunista, la vuelta a la nación se hace por la vuelta a la religión y viceversa.” Después de treinta años de crisis permanente —incluyendo más de diez de guerras balcánicas y mundiales—, la modernidad política (democracia, pluralismo, sociedad civil y abierta, etcétera) no logró arraigar en los países subyugados por el comunismo. Por lo tanto, a partir de 1991, año de la caída de la segunda Torre de Babel, el arranque político tuvo que hacerse sobre la base de lo que existía antes del comunismo. ¿Qué existía? Precisamente la religión y el sentimiento nacional. En estos pueblos de la Europa Central y Oriental, la religión había sacralizado la identidad nacional y la nación, a su vez, había dado a la religión una dimensión étnica.

³ En marzo de 1997, un grupo de católicos croatas denunciaron a Juan Pablo II como defensor de los musulmanes de Bosnia.

Ahora, ¿por qué confundir el *marcador* de un tiempo que puede ser religioso con la religión? Si bien Huntington lee bien el mapa, no va, sin embargo, más allá de la primera apariencia. Olvida que la segunda guerra balcánica se dio entre cristianos ortodoxos y que el odio entre griegos y búlgaros, también ellos ortodoxos, no tiene nada que pedir a cualquier otro odio étnico-nacional de la región. ¿Por qué hablar de odio milenarista entre croatas católicos y serbios ortodoxos, si en las guerras de los Balcanes ni siquiera se tocaron? La ruptura ocurrió más tarde, en la Segunda Guerra Mundial, durante el Estado ustasha de Ante Pavlevich, el exterminador. Polacos y lituanos, todos católicos, se enfrentaron en diversas ocasiones y, hasta la fecha, persiste una gran desconfianza mutua. Los polacos, mayoría católica en la Gran Polonia de 1919 a 1939, persiguieron implacablemente a ucranianos y bielorrusos de las provincias orientales, por más que se encontraran todos ellos en comunión con Roma. Los ejemplos de este tipo pueden ser multiplicados como prueba contra la tesis de Huntington en el sentido de que las guerras por venir en esta región del mundo serán guerras de “civilizaciones”, es decir, “de religiones”.

Fue precisamente la Rusia/URSS y la Yugoslavia ateas quienes renovaron la desconfianza secular contra los “latinos”, contra un “Occidente decadente, reaccionario, podrido por católico” y exaltaron las “energías naturales y sanas” de los eslavos. En la película *Underground*, de Emir Kusturica, premiada en Cannes en mayo de 1995, se puede visualizar esa irracionalidad fundamental que invoca la Tierra (madre) y la Sangre (sacrificial): adoctrinamiento mítico, intolerancia nacional, folklore eslavo, ortodoxia y comunismo, todo este *cocktail* unido alrededor de la ideología “religiosa” de la Gran Serbia que niega la religión en espíritu y verdad.

En contraste, la película *Antes de la lluvia*, del macedonio Milcho Manchevski, filmada casi al mismo tiempo que la anterior, pinta de manera admirable la unidad biológica del clan cerrado y la exaltación de los sentimientos colectivos que desemboca en la violencia asesina. Sus protagonistas quieren alcanzar la “justicia” —léase venganza— y reparar la “injusticia” —léase agravio— con una nueva injusticia. Frente a esta avalancha de violencia, se yerguen, inermes, las mujeres, el monje —verdadero hombre de Dios— y el fotógrafo, quien rechaza el arma que le da el clan para vengar la muerte del

primo (representando con este acto la modernidad democrática).

El culturalismo de Huntington, y de muchos otros, es una explicación corta, recibida con agrado por los expertos en “mundialización” y “globalización” para explicar sus fracasos. Según ellos, la culpa la tiene la cultura y su madre, la religión. Daryush Shayegan en su *¿Qué es una revolución religiosa?*, refuta este tipo de tesis. El encuentro siempre complejo de cultura, economía y política, no permite aceptar nociones de fronteras culturales y de guerra de civilizaciones. Cuando en Asia Central se entrelazan la herencia soviética, el espejismo de las estepas y el dinamismo religioso —todo esto en un campo petrolífero— no se vale ninguna reducción. El asunto no es tan sencillo como un enfrentamiento milenario entre Turquía e Irán, o el rencuentro con un mundo turco anterior a los otomanos. Hay que aceptar que la realidad es más compleja que todo lo que podemos imaginar.

El esfuerzo teórico debe ir más allá de la simplificación o la generalización; debe trabajar las conexiones entre tres campos: cultura, política y economía. Es cierto que del pasado se ha conservado la sensación de que el otro es el “bárbaro”, y de que sólo lo propio es verdadero. Es cierto que la geografía de las culturas se funda muchas veces —como lo sustentaba Oswald Spencer— sobre el principio de incomunicabilidad. Pero las fronteras no impiden el contacto entre etnias, pueblos, naciones y culturas. Los estados tampoco son islas y, desde luego, no cabría posibilidad alguna de prosperidad sin los intercambios entre ellos. Aún más, el concepto de “identidad cultural” (o de civilización) es claramente falso. Caer en tal falacia es muy frecuente, sobre todo cuando se le pone un nombre simple a una realidad muy compleja y poco estudiada. ¿Qué es un franco-mexicano católico, sospechoso de ser un judío converso y vergonzante, hijo, además, de padres alsacianos y criado en Provençe? A saber. La tiranía de las identidades debe ser rechazada. No hay palabra para denominar a los habitantes de Bosnia que no sean serbios, ni croatas. Se habla, sí, de serbio-bosnios, croata-bosnios y... musulmanes. Pero estos gentilicios no dicen nada. ¿Por qué no llamarlos, simplemente, bosnios-bosnios? Los Musulmanes, así con mayúscula, son los creyentes; con minúscula, son miembros de una nación que aún no se logra nombrar. ¿Y qué hacer con los judíos de Sarajevo?

Conclusión

De la palabra *religión* habría que rescatar su valor etimológico: *re-ligare* = relacionar (así como *pontífice* significó originalmente “el que lanza un puente”). En el cielo como en la tierra, en el cosmos como en la historia humana, la religión así entendida no lleva a la guerra santa, sino a reconocer que el prójimo es *otro* y, por ende, *diferente* y que, por ello mismo, debe ser amado en su particularidad. En palabras de san Pablo: ser griego con los griegos, judío con los judíos, y entender y hablar a cada uno, al otro, en *su* lengua. Nada de imponer la propia. O si se prefiere la sabiduría del Antiguo Testamento:

Amad al forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en el país de Egipto (Deuteronomio 10:19).

Al forastero que reside junto a vosotros, le miraréis como a uno de vuestro pueblo y lo amarás como a ti mismo... (Levítico 19:34).

O, acaso, la del Nuevo Testamento:

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme. Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?” Y el Rey les dirá: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mateo 25:35-40).

Él le dijo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas” (Mateo 22:37-40).

O, para aquellos de mentalidad secular, las palabras del poeta:

Extraña cosa que es el odio nacional. Lo encontrarán más fuerte en el escalón más bajo de la civilización; pero hay una grada en la cual desaparece totalmente, en la cual uno se encuentra, para decirlo así, encima de las naciones. Entonces uno siente la felicidad y el sufrimiento del pueblo vecino como los de su propio pueblo (Wolfgang Goethe).